

AMALGAMA

La multiplicación del arroz

El 23 de enero de 1949, apenas saliendo España de la hambruna y la pobreza, estaba Leandra Rebollo, cocinera, en la Institución Benéfica de San José, en un pueblo extremeño, Olivenza, donde se hospedaban niñas y a donde acudían todos los días los menesterosos del lugar en busca de comida. En el mes de enero las donaciones escaseaban y sólo había un kilo



JUAN EZEQUIEL MORALES

Hoy vamos a hacer un ejercicio, de virtualidad histórica, encaminado a terapizar con abundancia lo que ya empieza a ser una tragedia para muchos ciudadanos, aplastados por la inmensurable torpeza, mezquindad e impericia de los políticos gobernantes. Todo esto es a posta de una chica que, a media mañana, en un bochinche popular, se nos acercó a un amigo escritor y a mí, para rogarnos poder utilizar las sobras de la tapa que había yo pedido y, con

ello, salió contenta a devorar con fruición de hambriento un trozo de pollo que yo no había engullido. El 23 de enero de 1949, apenas saliendo España de la hambruna y la pobreza, estaba Leandra Rebollo, cocinera, en la Institución Benéfica de San José, en un pueblo extremeño, Olivenza, donde se hospedaban niñas y adonde acudían todos los días los menesterosos del lugar en busca de comida. En el mes de enero las donaciones escaseaban y sólo había menos de un kilo de arroz disponible para preparar en una gran caldera vacía. Leandra, preocupada, vertió el arroz en la olla y oró al beato Fray Juan Macías, un santo que había nacido en Ribera del Fresno. Dejó el poco arroz preparándose con el agua hirviendo y salió a hacer algo, y cuando volvió,

para su sorpresa, encontró la olla llena de arroz hasta el tope, aunque sin derramamiento del alimento. Leandra salió maravillada a buscar al sacerdote, y cuando volvió había ya un revuelo en la cocina. Repartieron la olla en dos, ocurriendo que ahora las dos ollas se llenaron ante los ojos de los testigos, quedando rebosantes, y saliendo algunas a la calle gritando milagro. El fenómeno duró cuatro horas y llegaron a comer, se cuenta, más de trescientas personas. El suceso se conoció en el obispado de Badajoz, y de allí salió la noticia hasta el Vaticano, donde el papa Pío XII encargó dos comisiones de investigación, dirigida una por el obispado de Badajoz, y otra por el dominico Benito Gangoiiti. Se enviaron muestras a laboratorios de Valencia, dictaminando los en-

El suceso se conoció en el obispado de Badajoz, y de allí salió la noticia al Vaticano

tendidos que con aquel arroz, 750 gramos inicialmente, no se podría haber obtenido más de 2,5 litros una vez cocido. Y la cosa no terminó ahí, sino que entraron en liza el profesor de química de Perusa, Giovanni Petrocini y ¡Yossss! El famoso Angelo Bianchi, director del Instituto Universitario del Cultivo del Cereal en Roma, llegando a las mismas conclusiones. Veintiocho

años después, el Vaticano admitió el milagro, en base a las testimonios y testigos oportunos, siendo el único fenómeno de esa clase reconocido por la Iglesia después de los panes y los peces del mismísimo Jesucristo. San Juan Macías fue canonizado en 1975. Hay que entender que había nacido en 1585, falleciendo en Lima en 1645, y ya desde pequeño tenía visiones con Juan El Bautista, y salvó a un cochinito que había caído en un pozo haciendo que el agua se rebosara, rezando a la Virgen María. En Lima hizo crecer una viga desencajada que amenazaba con no sostener bien una techumbre. Casos en los que se reproduce milagrosamente la materia los podemos encontrar, también, en el cojo de Calanda, a quien le creció una pierna amputada, aunque la historia es bastante larga, o el de la regeneración espontánea de la carne de la piel y de la cara destrozada por un lupus, tal y como pasó en Lourdes a Thérèse Rouchel. ¡Por Dios, por Dios! ¡San Juan Macías libranos de los políticos y multiplica abundancia para los menesterosos! ¡Y a los políticos que mal rayo los parta, San Juan Macías! ¡Al infierno con ellos, frailecito!

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS

Tres vidas rotas

ANTONIO BORDÓN

Al tiempo que se estrena en todo el mundo la adaptación cinematográfica de la novela de Francis Scott Fitzgerald *El gran Gatsby*, dirigida por Baz Luhrmann, la editorial Alpha Decay edita en nuestro país las cartas que el autor americano escribió a su hija Frances, apodada cariñosamente Scottie. Las misivas, que ya fueron recogidas por el sello Capitán Swing en la colección de ensayos *El Crack-Up*, crónica escalofriante de una muerte anunciada como hombre y como escritor, revelan los anhelos y esperanzas que el autor depositó en su única hija, que con el tiempo llegaría a convertirse también en escritora, periodista y autora de musicales de Broadway. ¿Cómo sobrevivió a la tragedia de sus padres? Ella misma lo dice en el prólogo de *Cartas a mi hija*: "Comprendí que sólo había una manera de sobrevivir a su tragedia, y era ignorarla".

La leyenda negra de Scott Fitzgerald dice que el autor de *El gran Gatsby* empezó su "lento proceso de demolición" a los 24 años, cuando conoció a Zelda Sayre, una hermosa adolescente de la alta sociedad del Sur de los Estados Unidos, con quien se casó en 1920 y emprendió una vida llena de alcohol, fiestas y viajes por todo el mundo, que le sirvió de base para una de sus mejores y más trágicas novelas, *Hermosos y malditos*. Los personajes principales son Anthony Patch, de Nueva York, y

PRÓXIMO PRÓXIMO

Carson McCullers nunca entendió cómo su marido Reeves tenía ganas de ser escritor cuando él conocía mejor que nadie los sinsabores de su profesión, sabiendo de primera mano que esa imagen de *glamour* que se tenía de los escritores estaba muy alejada de la realidad. Años antes del suicidio de Reeves en París (precisamente por no poder escribir), McCullers se inspiró en él para crear el personaje principal de *¿Quién ha visto el viento?*, Ken Harris, un aspirante a escritor que se pasa las tardes delante de la máquina de escribir y una hoja en blanco. Con el título de este relato, Austral publicará en los próximos días una antología de cuentos de la autora sureña extraída de *El aliento del cielo*, publicado por Seix Barral en 2007. El libro podría haberse titulado igualmente *El instante de la hora siguiente*, *Dilema doméstico* o *Madame Zilensky y el rey de Finlandia*, porque cada uno de los cuentos reunidos alza el vuelo como un pájaro sobre la bandada. A los personajes de McCullers suele agobiarles un exceso de realidad, pero eso no quita para que la autora de *El corazón es un cazador solitario* sea la escritora más gratificante para experimentar la emoción del sentimiento aunado a la fuerza del arte que ocupó la mayor parte de su tiempo.



Imagen triple de Francis Scott Fitzgerald.

Gloria Gilbert, de Kansas City. A través de las vivencias de esta pareja recién casada Scott Fitzgerald abordó no sólo la decadencia de su propio matrimonio sino el caso de un estilo de vida que parecía ideal, pero bien pronto se reveló como una ilusión fugaz.

Hemingway dijo una vez que "un hombre inteligente a veces tiene que emborracharse para poder pasar el tiempo con idiotas", en clara referencia a la gente de la que Scott Fitzgerald se rodeó en Hollywood, un mundo de lujo y apariencias que ocultaba unos seres humanos perdidos y derrota-

dos. Hollywood fue el último estadio de la desintegración de Scott Fitzgerald como escritor, pese a que su nombre sólo aparecería en los créditos de una película: *Tres camaradas*, de Frank Borzage. Allí descubrió de primera mano que la felicidad sólo existe en el cine o en la literatura. "En la vida, sólo creo en las recompensas por la virtud y en los castigos por no cumplir con tus obligaciones, que sin duda se pagan caros", escribió a su hija.

Tener por padre a Scott Fitzgerald tampoco le granjeó a Scottie la felicidad. Si bien evitó caer en la

espiral autodestructiva de sus progenitores (su madre murió a los 47 años, en un incendio que devoró el hospital psiquiátrico donde estaba recluida, y su padre a los 44 años, de un ataque al corazón), siempre supo que "la juventud entra en una habitación vestida del azul más pálido y sale con las grises vestimentas de la desesperación" (*Hermosos y malditos*). Al igual que en sus novelas y relatos, en *Cartas a mi hija* está el trayecto maduro de una vida, y quizás éste sea si no el mejor, el más hermoso y conmovedor de los libros de Scott Fitzgerald.